

caciques y nobles gobernaron, pues fueron estas corporaciones —mas no necesariamente sus caciques— las que sobrevivieron al colapso del orden colonial, tanto en el Cuzco como en el resto del Perú.

JOSÉ CARLOS DE LA PUENTE LUNA  
*Texas Christian University*

**MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión.** *A pesar del gobierno. Españoles en el Perú, 1879-1939.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006, 412 pp., ilustr.

Este es un libro sobre los inmigrantes españoles que llegaron a nuestro país durante el periodo de la gran emigración española a América Latina. Como se sabe, el Perú recibió apenas una pequeña fracción de este gran movimiento demográfico, que fue a parar más bien a los puertos de Argentina, Brasil o Cuba. A pesar de que el gobierno desplegó algunos esfuerzos antes de 1879 para asentar colonos agrícolas vascos en la costa peruana, y así resolver la escasez de mano de obra en la región, tales iniciativas no prosperaron. Sin embargo, a pesar de ser reducida, la migración española al Perú fue muy selectiva, y, por lo mismo, desempeñó un importante papel político y —sobre todo— económico. Por ello, Martínez Rianza opta por encuadrar su estudio sobre los inmigrantes peninsulares dentro del más amplio tema del conjunto de las relaciones hispanoperuanas.

Las relaciones postcoloniales entre una metrópoli y su antiguo dominio son de suyo complejas, ya que se mezclan las dependencias comerciales, culturales y políticas creadas durante la época colonial, además de todo un mundo de imágenes y sentimientos (y resentimientos). En el caso peruano, la relación con España después de la independencia fue difícil, e incluso estallaron conflictos, como el que derivó en el combate del dos de mayo de 1866 en El Callao, así como diversos litigios de índole comercial. De hecho, pasaron muchos años después de la independencia para que ambas naciones iniciaran relaciones formales. Recién en

1880, se abrió en Lima una legación española oficial, mientras que las *embajadas* propiamente dichas —la de España en Lima y la del Perú en Madrid— lo hicieron en 1939. En cambio, las relaciones del Perú con Inglaterra, Francia o los Estados Unidos fueron mucho más intensas. Los cónsules, comerciantes y empresarios de estas naciones no solo eran más activos y ubicuos, sino que gozaban de la ventaja de representar a poderosos países que parecían ofrecer al Perú un pasaporte más eficaz al progreso. Esta decadencia de nuestras relaciones con la *madre patria* tuvo que ver con la forma violenta como se dio la independencia, con el descalabro económico y el desorden político reinantes en el Perú y España durante las décadas que siguieron a la ruptura colonial, y con la admiración local por la civilización anglosajona, la cual comenzó a ser visible desde la década de 1860.

Este libro nos ayuda a descubrir que las relaciones hispanoperuanas, si bien fueron escasas, se caracterizaron por ser selectivas, especialmente en el ámbito de la migración. Por ello, Martínez Rianza emplea el concepto de *inmigración privilegiada*, el que ha sido utilizado por Clara Lida para el caso de los inmigrantes españoles en México. El título del libro, *A pesar del gobierno*, alude al hecho de que las relaciones hispanoperuanas no se sostuvieron en la política de las respectivas cancillerías, sino en el pequeño, pero importante, flujo espontáneo de la población.

La autora trata el tema desde varios frentes historiográficos: historia social de empresarios, historia de la política migratoria, historia económica del Perú de la postguerra con Chile, historia social de instituciones gremiales y benéficas, e historia de las relaciones internacionales. Esta característica puede ser objeto tanto de una crítica como de un reconocimiento. Porque si bien este enfoque diverso del tema permite advertir sus múltiples facetas, se pierde la unidad temática y la fuerza que da inscribirse en un debate historiográfico más preciso. Martínez Rianza decidió hacer una historia multidimensional, en la que la necesidad o la opción del relato se sacrifica por la intención de abarcar la totalidad de las perspectivas abiertas por un fenómeno como el de la migración de los hombres.

Una de las ideas centrales del libro es precisar que, a lo largo del ciclo 1879-1939, hubo dos oleadas o grupos de inmigrantes: los llegados en la

segunda mitad del siglo XIX y los arribados después de 1900. La principal diferencia entre ambos grupos sería el grado de éxito económico alcanzado: grande los primeros, menos llamativo los segundos. En este recuento, Martínez Riaza revela la nacionalidad española de algunos personajes de la elite económica del país, que aquí eran considerados como peruanos. En el grupo de la primera oleada —y que alcanzaron el éxito económico—, figuran sobre todo hombres de la época de la reconstrucción de la postguerra con Chile: Luis Alvizuri, Waldo Graña y Fermín Tangüis, además de los conocidos casos de los Gallo y los Romero.

Quizás si se hurgara mejor en los orígenes sociales de unos y otros podría encontrarse una explicación del distinto éxito económico que tuvieron los migrantes. Eso es lo que hizo Giovanni Bonfiglio, por ejemplo, en su estudio sobre la inmigración italiana al Perú, lo que nos llevaría a concluir —como el mencionado autor— que los orígenes sociales lograron cruzar los océanos y fueron una *herencia* importante. Esto rompe con la idea de que los inmigrantes dejaban todo atrás y comenzaban una vida nueva. Orígenes sociales más elevados permitían, por ejemplo, matrimonios ventajosos y la inserción en empleos y círculos sociales más lucrativos. Otra explicación del diverso grado de éxito económico podría estar dada por el momento de arribo al país. Los que llegaron más temprano aprovecharon las olas exportadoras del guano, y, posteriormente, las del cobre, el azúcar y el algodón (estas últimas se desarrollaron desde 1890). Por ejemplo, el caso de Luis Alvizuri, quien se internó en Huancavelica, es emblemático. Lo he encontrado en 1889 como firmante, junto con otras personas, de una carta de respaldo a un ingeniero de Lima que era hostilizado por los *humaches* (una suerte de mineros informales). En cierta forma, los inmigrantes ayudaron a impulsar esos auges económicos, porque es difícil pensar que los burgueses limeños habrían sido capaces de dejar la blanda capital para sentar reales en Castrovirreyna. Por su parte, los inmigrantes más tardíos encontraron en cambio un medio más cerrado económica y socialmente, en el cual las principales oportunidades estaban ya tomadas, y las conexiones políticas eran indispensables para hacerse de un sitio.

Martínez Riaza también distingue entre los inmigrantes que se asentaron en la capital y los que lo hicieron en las provincias. No obstante, esta distinción geográfica se vuelve relativa, ya que la gente se desplazaba por el país, como Alvizuri y Tangüis, quienes se instalaron primero en Huancavelica, para luego trasladarse al vecino departamento de Ica. Alvizuri se instalaría finalmente en Lima, donde, en 1930, llegó a ser alcalde provincial. En todo caso, ha sido mucho más difícil para la autora seguir a los que se instalaron en el interior del país.

Asimismo, ella destaca que sus personajes no fueron *indianos*, en el sentido de hacer fortuna y retornar a España con sus millones. Tampoco enviaron remesas. Martínez Riaza señala que quizás pudo darse alguna operación de retorno en la siguiente generación. En cualquier caso, es un tema que debería ser investigado con mayor profundidad.

El libro nos ayuda a reflexionar acerca del origen extranjero que muchos de los miembros de la elite económica de nuestro país han tenido en varios momentos de la época republicana. ¿Se ha debido esto a la falta de talento empresarial nativo? ¿Al hecho de que los peruanos se tomaron su tiempo para el aprendizaje del comercio y el juego de acumular, invertir y ganar? ¿A la alta valoración étnica de los europeos (como la ha llamado Bonfiglio), que les facilitó los contactos y los matrimonios de fortuna? Finalmente, llama la atención el lugar marginal en que aparecen los artistas e intelectuales en la época estudiada. Quizás eran tiempos en que había que ganarse la vida de formas más prosaicas.

Martínez Riaza nos introduce, pues, en un tema poco conocido de nuestra historia republicana, como es la inmigración española entre fines del siglo XIX e inicios del XX. En medio casi del anonimato, sus representantes alcanzaron una destacada posición económica, al punto de que no deja de sorprender el alto porcentaje de descendientes de inmigrantes españoles que hoy luce la alta clase empresarial de Lima. Asimismo, el texto nos sugiere preguntas sobre la naturaleza de nuestra estructura social y los canales para su movilidad.